

III.

Reflexionemos un instante ántes de seguir á la humanidad en su marcha.

El hombre, que siendo cazador sacrificaba á su Dios una víctima humana para aplacarlo creyéndolo terrible, llegando á ser menos desgraciado á virtud de sus propios esfuerzos en la época pastoril, consideró á la divinidad benigna y redimió la víctima humana, con el sacrificio del carnero; y al sér labrador, vislumbrando ya el bienestar y conociendo algo de lo bueno que en sí tiene la naturaleza, que ántes le espantaba y después favorecía sus siembras, en vez del sangriento holocausto presentó por ofrenda las primicias de sus bienes. Se vé como el sér humano al civilizarse, al sentirse menos infeliz, vá santificando sus pensamientos, siendo ellos el reflejo del estado en que su espíritu se encuentra, y así vá dando forma de bondad á sus ideales.

Desde que estos se elevaron, de un modo natural se suavizaron sus instintos: Primero al luchar un hombre con otro, con la vida pagaba el vencido la victoria, y más tar-

de las tribus de pastores ó las agrícolas, no matan después de la refriega y sólo reducen á la servidumbre al enemigo prisionero si es útil para la faena; mas entónces para aprovecharse de su trabajo, ya podían contar con la sobra de su alimento que en anteriores tiempos tan escaso fuera.

A esa consideración obedeció sin duda la redención de la vida humana, aunque fuese á cambio de la esclavitud.

Sin los progresos, pues, obtenidos por el trabajo, la vida del primer sér de la creación nunca habría sido respetada, y la sublime hora en que se dió ese primer paso debe ser siempre bendecida.

En otro orden de ideas, debemos considerar en nuestras reflexiones la falta de individualidad de los primeros séres humanos: eran una unidad reproducida en monótona serie, siendo cada criatura la copia de la otra en todas sus manifestaciones, careciendo hasta de nombre propio, pues cada grupo llevaba el del lugar donde hacía sus correrías ó si acaso el del Jefe de su tribu.

Hasta la época de la agricultura es cuando comenzando lentamente á dividirse el trabajo, vá por ello diferenciándose la personalidad y tomando un distintivo; y la especialidad de la faena hace que cada cual alcance una relativa perfección en ella, pudiendo con más bre-

vedad desempeñarla, sobrando de este modo tiempo para el descanso y hasta para el soláz. La inteligencia, desde el instante en que el hombre no estuvo abrumado por la constante fatiga, empieza á desarrollarse teniendo campo para observar y deducir.

Estas naturales reflexiones inspiran los períodos de la vida humana de que hemos hablado, y tomadas en cuenta, prosigamos nuestra narración.

Las maderas encendidas revelaron cómo podía prolongarse la existencia de la luz en medio de la noche, y el agricultor exprimiendo la aceituna encontró el denso líquido que había de alimentar la lámpara, rayo de luz que se robaba al sol, y que después de descender el astro rey, iluminaría la habitación con seguridad; que aquella ráfaga temblante que se escapaba en el quemado leño, con el aceite, se fijó de un modo permanente en la tosca lámpara de barro, producto de incipiente industria. Fué aquella lámpara la estrella familiar, que alumbró la velada, prolongando agradablemente la vigilia del labrador, amenizada por la plática de la familia. De este modo tuvo lugar en ella la más tranquila comunión del pensamiento, que despertó un nuevo género de deleites no conocidos en el hogar.

Cuando con atención se recorre el pasa-

do, se vá encontrando natural la lenta marcha del progreso por el trabajo, que influye en el acrecimiento intelectual, en el desarrollo del sentimiento y en la suavidad de las costumbres.

Aquellos descansos en el seno de la familia, hicieron que el hombre encontrase alivio y encanto en su compañía y sintió por la mujer un afecto más: intimándose con ella le permitió sentarse cerca de sí y juntos tomaron el alimento, el pan que la misma amasaba; y después de beber él, la hizo beber en la propia copa todavía por su labios humedecida. Consideró que aquel sér era algo más que una esclava y así la fué gradualmente asociando á su vida y á su alma.

En esta última etapa de la humanidad, las tribus labradoras, no obstante los bienes conseguidos, estaban expuestas á la escasez cuando la cosecha se perdía ó la epidemia destruía los ganados, lo cual obligaba á la práctica de la economía doméstica, hasta el extremo de haberse sistemado el ayuno periódico. Estaban expuestas también en su seno, á las violencias y á las injusticias del más fuerte ó más astuto. Por otra parte, sin tener comunicaciones entre sí las tribus, se aislaban, limitando los adelantos que conseguían á este ó aquel grupo y parecían como

estacionadas en su estado de naciente civilización.

En forma de sufrimiento apareció entonces el incentivo para nuevos adelantos, cual la bíblica espada flamígera de Dios, que arroja á la humanidad de un edén para que por sus esfuerzos se haga merecedora de otro edén mejor.

La guerra tenía de cambiar de forma: los cazadores se encontraban y luchaban en las selvas, los pastores sorprendidos por otros, entre el rebaño; pero la tribu agrícola que vivía unida no podía ser atacada sino era por varios combatientes.

Siempre el espíritu de injusticia ha hablado con voces seductoras al oído del hombre, y en aquel entonces algunos se reunían aquí y allá, en el seno de los bosques, y caían de improviso envueltos en el polvo de sus correrías, como nube de destrucción sobre la casa, sobre la siembra y sobre el establo, y el trabajo acumulado por los años desaparecía con la rapiña y con el incendio de los hijos errantes del mal: su huella quedaba marcada con la sangre de los seres inútiles, pues si á los hombres los hacían esclavos, al anciano impotente, á la mujer y al niño les arrancaban la vida, para evitarse estorbos en sus expediciones guerreras, siempre aceleradas.

Para la defensa, las vecinas tribus labra-

doras se reunieron; tomaron posesión de las colinas y allí edificaron, cubriendo el perímetro donde sus hogares levantaban, con muros ó con foso. Así se erigió la Ciudad, en ella se relacionaron los grupos distintos que la formaban, se comunicaron sus conocimientos especiales, cambiándolos recíprocamente; y pactando la forma y contingente que debían dar para la defensa común, tomó en la Ciudad origen el consejo de un gobierno.

El trabajo en aquella gran colectividad se dividía más y más: como un hombre era más apto para labrar la madera, otro para levantar la casa, aquél para la siembra y éste para otra cosa diversa, unos con otros empezaron á hacer el comercio del trabajo; y como cada quien se dedicaba con singularidad á tal ó cual preferente objeto, se perfeccionó más ó menos en su oficio y logró con el cambio mayores descansos y más ventajas de las que tenía cuando hacía todo lo que le era preciso para la vida, pues sus fuerzas así se le agotaban sin alcanzar el fin propuesto.

De tal manera, en la ciudad nació el comercio, y dieron sus primeros vacilantes pasos la industria y el arte.

¿Y la guerra? la guerra había producido aquella nueva faz de la civilización con que quedaron aumentadas y en que fueron refundidas todas las civilizaciones anteriores, pues

al buscar el hombre la garantía dentro de la población amurallada, acercó á ella el rebaño y el arado para hacer germinar las vecinas tierras, en las que empezó á legalizarse la propiedad, repartiéndose ó gozándose en común.

Se abrieron caminos para el tránsito hacia las labores agrícolas y se fué así disponiendo de más extensión.

Las tribus errantes en tanto, habían en los bosques encontrádose con el más hermoso de los brutos, con el caballo, y lo habían domado; y en él apareciendo centauros, hacían sus veloces correrías guerreras devorando las distancias.

Tomó el noble bruto participio en las glorias y los peligros, y ardiente y belicoso hizo oír su relincho como toque de clarín de guerra.

Esta hermosa conquista, esta adquisición del caballo, se extendió á todos, y unos para atacar y otros para defenderse lo buscaron. Los hombres laboriosos extendieron su uso asociándolo al trabajo de los campos, multiplicando su utilidad en la agricultura y en la industria.

El caballo, pues, llegó á ser uno de los más poderosos elementos de actividad y de fuerza, contribuyendo eficazmente al desarrollo de las relaciones de Ciudad á Ciudad.

Pero aun no pasemos de una á otra, detengámonos todavía un momento. Hechos los caminos hacia los campos de pasto y de labranza, las cosechas se vaciaban en la población; el carro con ruedas informes, arrastrado por el buey, derramaba en oleadas la mies dentro de ella.

Los Jefes de los grupos que formaban la Ciudad, en consejo atendieron al servicio público, á las vías de comunicación, á la policía y á la defensa procomunal. Entró el hombre de este modo á la vida política, legislando para el bien del conjunto y empezando á hacer sus ensayos en las sencillas prácticas del comunismo, que fué lo que al asociarse se presentó más natural á su espíritu inexperto.

El reparto del trabajo dió manera de que en la Ciudad se pudieran dedicar á las tareas intelectuales algunos; y se abrieron extensos horizontes al pensamiento, que razonador, de deducción en deducción descubría una verdad nueva, ó en alas de la imaginación sintiéndose inspirado profetizaba lo que no veía. La tradición en que el recuerdo se ejercitó, hizo que conociendo lo pasado pudiera preverse el porvenir, pues no penetramos en él sino en proporción á la experiencia que el pasado nos suministra.

Un mundo nuevo, el mundo de la inte-

ligencia empezó así á tomar forma en los cielos de la mente.

El poeta dió los colores de su imaginación á las narraciones y formó la epopeya, y sin saberlo acopiaba materiales para la Iliada.

Tales fueron los adelantos promovidos al verificarse en la Ciudad primitiva la asociación política de las tribus. Y Ciudad aquella, incipiente todavía, formada para la defensa, estaba mal forjada sobre las ásperas colinas, encerrada detrás de muros, con angostas retorcidas calles é imperando en ella disposiciones que apenas tortuosamente se encaminaban á un principio de justicia.

Es de suponerse que no todos los seres humanos iban á la par en la senda que pintamos; mas hemos de referirnos al avance general que muestra la historia en las razas típicas, para poder concretar nuestra narración. Hoy día se vé precisamente en ésta nuestra América, cómo tribus numerosas viven aún en el triste estado que corresponde á la época primitiva del cazador, pero detalles son éstos, que demandan otra clase de trabajos, apartados por completo de la forma sintética del nuestro.

IV.

La Ciudad se había hecho: las clases sociales se formaron naturalmente en ella según las aptitudes de cada una, y la que cultivó la inteligencia fué la que se sobrepuso á las demás, porque aun dispuso en lo general también de los elementos de la fuerza á virtud de sus combinaciones. Pero esta supremacía revistió ya un carácter humano, no fué la supremacía del hombre-fiera.

Con arreglo al principio de la división del trabajo, se hizo la división de las clases, y una fué la de los hombres del campo, otra la que formaban los de oficio y seguían en escala ascendente la de los guerreros y la de los sacerdotes, que inspirados se hacían intérpretes de la divinidad, monopolizando con talento y á fuerza de estudio, todos los conocimientos que servían para indicar prácticas que tendiesen al bien común y á asegurar su superioridad.

Tal fué la índole de las primeras asocia-